



MEMORIAS DEL ATLÁNTICO

de Sofía Montenegro

No cabe duda que, a partir del triunfo de la Revolución Sandinista, se ha despertado un profundo interés por esa vasta porción de Nicaragua que llamamos simplemente la Costa. Y es que no acabamos de definir esa zona especial (por algo la han llamado así, quizás con ánimo de recalcar esa "especificidad especial"), que es como la cara oculta de nuestra nacionalidad: la región extensa y misteriosa que deseamos conocer, reconocer e integrar a nuestra autoconciencia de Estado soberano. Queremos siempre viajar a la Costa, porque ese viaje, más que paseo recreativo, es como un intento de rescatar algo que es parte de nuestro cuerpo; parte que se siente inasible, ausente, fluyente como río que se precipita al otro lado del mundo.

Cuando escuchábamos, en los primeros años de la Revolución, la consigna "La Costa, un gigante que despierta", no nos parecía, en verdad, una aseveración hiperbólica: era una frase que se correspondía con un sentimiento nuestro que venía desde lo más profundo de la historia. La Costa era una realidad (eso resultaba indiscutible) y una realidad compleja. Una realidad que el prolongado régimen oligárquico de conservadores y liberales se empeñó en negar: simplemente se afirmaba que existía un lugar llamado la Costa, una especie de tierra de nadie descrita por uno que otro explorador extranjero (Young, Gage, Squier) y mal comprendida por los "españoles" de tierra adentro.

De más no está recordar que el somocismo nunca se preocupó por

promover los auténticos valores de la región: la cultura de la negritud, la expresión creole, la originalidad de los pueblos indígenas y comunidades étnicas. Incluso, su rico acervo musical, que ofrece tantas potencialidades comerciales, no era tenido en cuenta. Para el régimen de la familia Somoza, la zona en cuestión era sólo un enclave de explotación (maderas, oro) al servicio de intereses extranjeros. En ese contexto no es extraño que la visión que existía de la Costa no pasara del pintoresquismo o el cromo turístico, expresiones afables cultivadas por la burguesía criolla en su incapacidad de comprender otros valores que no fueran los de su autoafirmación racista y excluyente.

Por eso entendemos el redoblado interés que se da en nosotros, una vez iniciado el proceso de construcción de la sociedad nueva, por el conocimiento integrador de esa zona injustamente olvidada. Memorias del Atlántico, de Sofía Montenegro, viene a sumarse a las aproximaciones e intentos de interpretación de esa entidad histórico-geográfica, enriqueciendo la bibliografía existente (bibliografía que, es justo decir, es escasa pero que seguramente crecerá a medida que los estudiosos vayan compenetrándose con esa realidad).

Sofía Montenegro, redactora de Barricada (especializada en temas feministas) y actual directora de la revista Gente, aborda con ágil estilo periodístico la peculiar evolución histórica de la Costa, sin pretender por ningún punto la sistematicidad rigurosa de un trabajo académico, lo cual no excluye la seriedad del enfoque y la fundamentación científica de sus juicios. Un libro de historia escrito por una periodista que quiere llegar al más amplio y diverso público, utilizando un lenguaje directo y preciso que revela un notable poder de síntesis y de organización de la materia tratada, que va del Descubrimiento y Conquista hasta la llamada Reincorporación de la Mosquitia.

Un buen intento de "interpretación de la historia dentro del contexto internacional, geopolítico e ideológico de cada época, que busca promover una visión amplia sobre el origen de la problemática étnica existente en Nicaragua", como reza el texto de la contraportada. Su agradable lectura nos invita a profundizar en un pasado que siempre es realidad, es decir, un pasado que explica las vicisitudes de la historia contemporánea: la realidad omnipresente del colonialismo y el imperialismo, la intervención de las grandes potencias extranjeras en nuestras tierras que explican, en buena parte, la deformación cultural, la marginación y la miseria.

Sofía Montenegro es de las autoras que consideran la historia como una lección viviente o, según decía Cicerón, como "maestra de la vida". Los capítulos de sus memorias nos enseñan a instalarnos en la historia, no como simples contempladores o receptores pasivos, sino como sujetos vivos que aprehenden el pasado para entender mejor el presente y descifrar el futuro. Este proceso de escrutamiento de las raíces y los "reinos perdidos", esta manera dialéctica de entender nuestra historia, tiene como supuesto fundamental la reivindicación de las culturas oprimidas, el rescate de los pueblos sometidos que en un contexto revolucionario cobran especial relieve.

Así lo expresa la propia autora en el prólogo a Memorias del Atlántico, un libro que merece toda la atención de los lectores nicaragüenses:

Estas memorias intentan demostrar que frente a la óptica colonial e imperial la historia de los "primitivos" del Atlántico o del Pacífico no contaba, pero que para la Revolución Sandinista sí cuenta, puesto que nosotros los "primitivos" de hoy sabemos que tenemos Historia y con mayúscula. Y que la historia cuenta.

(ALVARO URTECHO)